



«IN MEMORIAM»
CECILIA ARIZTI

DM
Julio 13/30

Es condición humana el olvidar. El recuerdo se esfuma presto de la mente, cuando no existe para ella un interés grande, sentimental o sencillamente d eorden material.

Los hechos de los grandes hombres, los acontecimientos extraordinarios del universo, pronto dormirían el eterno sueño del olvido, si esos hechos y acontecimientos no fuesen, de día, vertidos en los cerebros juveniles de todas las generaciones.

Olvidamos con mucha facilidad y lo más doloroso es que generalmente olvidamos aquello que más debíamos recordar con admiración profunda.

No es preciso que el Todopoderoso ponga término a una vida para que olvidemos. No; al contrario. Es entónces, tristemente, cuando surge potente como nunca, el recuerdo.

En esa hora suprema, queremos reparar, en un instante, el olvido de aquel largo ayer...

La muerte el 30 de Junio pasado, de una verdaderamente ilustre artista cubana, Cecilia Arizti y Sobrino, ha movido nuestro pensamiento al rededor de esta verdad única: «nuestra admiración es del «último que llega. Los que «fueron», no importa que «hayan sido»; hoy, «ya no son».

Los días que cubrieron de gloria a una Arizti, a una Sicouret o a una Chartrand, pasan inadvertidos para la actual generación cubana.

Sus dotes extraordinarias de concertistas, que valieron a ellas el aplauso unánime de propios y extraños, apenas son conocidas de una mínima parte de nuestros aficionados a la música y de una parte infinitesimal del pueblo de Cuba.

Nunca oímos a Cecilia Arizti. «La Fama» llevó hasta nosotros su nombre ya nimbado de gloria, cuando aún no contábamos dos lustros siquiera.

No la conocimos después y hasta ignorábamos que residiera cerca de nosotros. ¡Ah!, de haberlo sabido, tal vez hubiéramos logrado arrebatr a su modestia excesiva, algunos de aquellos recuerdos de sus días de triunfos, mezclados, quizá, de amarguras al pensar en la indiferencia de hoy...

No fué ese, nuestro privilegio.

Réstanos ahora, consagrar unas líneas a su memoria.

No para engrandecer más su nombre ni declarar su eminencia musical, sobre todas las mujeres cubanas. Su fama está harto cimentada. Su nombre, bien quiséramos hacerlo llegar al último rincón de la tierra; su recuerdo, a todos los que conviven en esta Isla del Caribe, «Perla de las Antillas» donde ella nació, en la ciudad de La Habana el año 1860, hija de Fernando de Arizti, gran «virtuoso» y pedagogo musical.

Siete años contaba cuando comenzó sus estudios musicales bajo la dirección de Francisco Fuentes. A los doce, tuvo como profesor al genial Nicolás Ruiz de Espadero, discípulo que había sido de Fernando Arizti. Este puso término feliz a los estudios de su hija, guiándola personalmente en las últimas etapas de su perfeccionamiento artístico, a la vez que la iniciaba en los conocimientos de las reglas de la armonía.

Mujer de gran talento y profunda sensibilidad, aunaba a estos preciosos dones, el de una modestia extremada que la hacía rehuir toda posibilidad de presentarse ante el público.

Sus brillantes condiciones pianísticas comenzaron a revelarse en gratas veladas musicales que se efectuaban en casa de su ilustre padre, en la calle del Tulipán. Allí se reunía lo más selecto del mundo musical habanero.

Los admiradores de Cecilia Arizti, que eran muchos, consiguieron escucharla en varios conciertos de los muy contados que ofrecía generosamente la insigne pianista. Algunos se efectuaron en los salones del «Centro Gallego», que entónces se hallaba en las pri-

DM
Julio 13/30

